

## CAPITULO XXI.

## "EL PRESIDENTE BLANCO Y EL PRESIDENTE NEGRO."

El 25 de Mayo, el General Díaz envió su renuncia y la del Vicepresidente don Ramón Corral, a la Cámara de Diputados, que esa misma tarde las aceptó, quedando como Presidente Interino de la República el licenciado don Francisco L. de la Barra, Ministro de Relaciones Exteriores, designado en los tratados de Ciudad Juárez para quedar al frente del Gobierno mientras se hacían las elecciones generales.

El señor de la Barra protestó al día siguiente ante el Congreso, y cambió su residencia de la calle de Orizaba, donde vivía, al Castillo de Chapultepec, después de nombrar su Ministerio, mejor dicho, de acordar el nombramiento de las personas que la revolución le imponía.

El año de 1876, don José María Iglesias dió pretexto a los revolucionarios para que le quitaran la Presidencia de la República, por no someter, el derecho amplísimo, que la Constitución otorga al Presidente, a los compromisos de un pacto con los revolucionarios y el señor de la Barra, recordando la historia, no quiso ponerse en el caso del señor Iglesias, así es que aceptó todos los Ministros que se le designaron. El Gabinete quedó integrado de la siguiente manera: Relaciones Exteriores, vacante; el Presidente despacharía el Ministerio

con ayuda del Subsecretario, licenciado Bartolomé Carvajal y Rosas; Gobernación, licenciado Emilio Vázquez Gómez; Justicia, licenciado Rafael L. Hernández; Instrucción Pública, doctor don Francisco Vázquez Gómez; Fomento, licenciado Manuel Calero; Comunicaciones, ingeniero Manuel Bonilla; Hacienda, don Ernesto Madero, indicado por don José I. Limantour; y Guerra, General don Eugenio Rascón, nombramiento único que se había dejado al Presidente, por no tener los revolucionarios ningún jefe a quién designar; o tal vez por no significar ante el ejército a ninguno como complicado en la revolución triunfante.

La obra del señor Limantour estaba completa, había cuidado de que al frente de la Secretaría de Hacienda quedaran dos amigos suyos, don Ernesto Madero y el Subsecretario don Jaime Gurza, quienes impedirían cualquier ataque que lastimara su buen nombre. ¡Fué lo que principalmente le preocupó en aquel desastre inmenso que tantos males iba a acarrear a la Patria! ¡Aún no perdía la esperanza de llegar a la Presidencia! ¡Y sin embargo, estaba muerto políticamente!

El Gobierno quedó instalado a los pocos días, porque algunos de los nuevos ministros se hallaban expatriados. El señor Calero, el de mejor inteligencia entre todos los nuevos funcionarios, debía ser el alma del Gobierno y fué desde luego su portavoz en las Cámaras; pero ni el Secretario de Gobernación, ni el de Instrucción Pública, habían nacido para obedecer a nadie, ni estaban dispuestos a que otros aprovecharan los beneficios que el triunfo de la revolución proporcionaba; así es que comenzaron a despachar los asuntos de sus respectivos Ministerios, sin tomarse el trabajo de consultar al Presidente de la República, ni mucho menos el de pedirle su acuer-

do. El licenciado Vázquez Gómez, al frente de la Secretaría de Gobernación, comenzó a derrochar dinero que fué un horror. En vano se llamó la atención del Presidente y del Consejo de Ministros; lo único que pudo conseguirse, fué que las órdenes de pago fueran firmadas por el Ministro de la Guerra, hombre honorabilísimo, que no se prestaría a negocios sucios; pero el señor Vázquez Gómez, al día siguiente del acuerdo, envió a su colega el de Guerra, una resma de órdenes impresas, para que las firmara en blanco y se las devolviera después de firmadas. El señor Rascón, consultó con el Presidente, y éste, que temía contrariar a los señores Vázquez Gómez, jefes intelectuales de la revolución, dispuso se obsequiaran las órdenes de su Ministro de Gobernación, de manera que el acuerdo resultó contraproducente, pues el hecho seguía existiendo, sin la responsabilidad del que lo ejecutaba. Aquello fué un saqueo inaudito! Llegaban al Ministerio, no sólo nóminas de soldados que no habían existido, sino hasta "vales" dados en las cantinas y prostíbulos de la Ciudad, extendidos por los Jefes revolucionarios, a quienes el Ministro de Gobernación tenía empeño en complacer. Se dió dinero a todo el mundo, aún a los que jamás habían soñado en pronunciarse. En menos de un mes salieron de las arcas nacionales, por orden del señor licenciado Vázquez Gómez, más de un millón de pesos; pero no fué esto lo peor; se repartieron armas y municiones por todo el País, entre las gentes que menor confianza podían inspirar, con el pretexto de prepararse contra una reacción, imposible en aquellos momentos, y se preparó así, eficazmente, la revolución que debía estallar al iniciarse el período constitucional del señor Madero.

Los amigos de don Francisco I. Madero, por otro la-

do, buscaban dificultades al Gobierno por todas partes. En Tlaxcala, 600 maderistas que formaban un cuerpo rural, pagado por el Estado, se insurreccionaron contra el Gobernador Sánchez y la Legislatura, pretendiendo imponérseles, hasta que hubo necesidad de mover tropas de línea para meterlos al orden. En Toluca, el Jefe de los rurales, Joaquín Miranda, de acuerdo con Munguía Santoyo, enviado por el señor Madero para dirigir la política del Estado, promulgó una orden prohibiendo, en nombre de la libertad del sufragio, fuera postulado para Gobernador quien hubiera figurado en el régimen caído. En Xalapa, corría la sangre por imprudencias del jefe maderista; en Torreón, el titulado General Adame Macías, después de la matanza de chinos que sus fuerzas habían hecho, al desalojar la plaza el General Lojero, en la primera quincena de Mayo, intrigó contra la tropa del sexto batallón, consiguiendo que desertara en masa; y en Chiapas, promovieron un conflicto en que hasta el Obispo se vió mezclado, dando lugar a un encuentro en el que se cometieron atrocidades. En Puebla, la insolencia llegó a lo increíble. Después de los atentados salvajes de Atencingo y Covadonga, en la ciudad de Puebla, Abraham Martínez, que se hacía llamar jefe del Estado Mayor de Zapata, procedió a encarcelar, en la Plaza de Toros, y con ayuda de las fuerzas rurales, por orden, según decía, del Ministro Vázquez Gómez, a personas prominentes, entre las que figuró don Carlos Martínez Peregina, hijo del General Mucio Martínez y Diputado en ejercicio, al Congreso Federal, pretendiendo fusilarlos, sin más motivo que el haber pertenecido a la administración anterior. El Gobernador del Estado, licenciado Cafete, acudió personalmente en auxilio de los presos y como Martínez se negara a obedecerlo, alegando tener ór-

denes directas del Ministro de Gobernación, señor Vázquez Gómez, el Gobernador pidió auxilio a la fuerza federal que, al mando del coronel Aureliano Blanquete, redujo al orden a los maderistas, después de una sangrienta lucha en la que perecieron más de trescientos hombres.

El Jefe de la Revolución, don Francisco I. Madero, hizo su entrada en la Capital de la República el 7 de Junio, en medio de un entusiasmo indescriptible, pocas horas después de que un temblor, de los más fuertes que ha habido en México, había sacudido la ciudad.

Solo la entrada de Juárez, después del triunfo contra la Intervención y el Imperio, puede compararse al recibimiento que se hizo al señor Madero ese día. Aquello fué el delirio; parecía que llegaba el salvador de la Patria: Que el que entraba era el vencedor de un enemigo extranjero; todas las calles por donde pasó el Jefe de la Revolución estaban adornadas y la multitud no cesaba de aclamarlo, pretendiendo hasta quitar los caballos del coche, para que fuera arrastrado el vehículo por la plebe.

El señor Madero en pie en el carruaje, procurando sonreír a todos lados, abrumado con tanto festejo, daba lástima cuando pasó por la Avenida Juárez; cuando llegó a Palacio, desde donde debía presenciar el desfile, estaba anonadado: su cansancio era visible, parecía más un enfermo que un caudillo victorioso. Sin embargo, se sobrepuso a la fatiga y su espíritu a la cansada materia.

El Presidente interino salió con él al balcón, y estuvo atendiéndolo y agasajándolo, sin que el señor Madero ni sus acompañantes, dieran importancia a los halagos que les hacía el señor de la Barra. Era que para los revolucionarios, el verdadero Jefe de la Nación desde aquellos

instantes, era el señor Madero, y así querían significarlo y que lo entendiera el Presidente Interino.

El señor Madero a los pocos días instaló sus oficinas en el Paseo de la Reforma y comenzó a despachar los asuntos más importantes, sin tener en cuenta, sino excepcionalmente, al Presidente de la República. Por su parte, don Gustavo Madero, hermano del caudillo de la revolución, y el de más energías entre toda la familia Madero, según la voz popular en aquellos momentos, instaló sus oficinas en la Avenida Juárez y comenzó a organizar las elecciones que debían dar el triunfo legal a los revolucionarios que estaban ya adueñados del poder. Estas elecciones iban a ser la mazana de la discordia entre los elementos netamente revolucionarios que, suponiendo débil al caudillo, querían a todo trance hacerse de la Vicepresidencia de la República, para imponerse.

Aquellas oficinas no podían coexistir. Era imposible que gobernaran al País a un tiempo el Ministro de Gobernación, don Francisco I. Madero, y su hermano don Gustavo, ya que al Presidente Interino de la República sólo le dejaban dar fiestas y hacerse aplaudir en las calles, cuando pasaba saludando a todo el mundo.

El Ministro de Instrucción Pública, por su parte, tampoco hacía caso del Presidente Interino de la República y se ocupaba principalmente de su elección como candidato a la Vicepresidencia; candidatura que amenazaban quitarle, el Presidente interino, señor de la Barra, a cuyo lado se agrupaban algunos revolucionarios de a última hora y especialmente los católicos, organizados ostensiblemente como partido político, y don Gustavo A. Madero, que al frente del Partido Constitucional Progresista, quería eliminarlo del Gobierno.

En esta pugna, y no teniendo el señor Vázquez Gó-

mez condiciones para subordinarse a nadie, tenía que sobrevenir, y sobrevino, un rompimiento absoluto entre el candidato de la Convención de los Anti-reeleccionistas, y don Gustavo Madero que, como Jefe del Partido Constitucional Progresista, quería que se le oyera, y hasta imponerse, si era posible. La lucha entablada tenía que dar como resultado indefectible, la salida de los señores Vázquez Gómez del Ministerio. Pero el Ministro de Instrucción Pública, hombre ladino y mucho más experto que su hermano en achaques políticos, comprendió que su salida del Gabinete equivalía a echar por tierra todas sus ambiciones y todos sus planes para llegar al Poder, y modificó su conducta al grado de que tanto el señor de la Barra, como el señor don Francisco I. Madero, se esforzaron en que conservara el puesto, temiendo que su salida del Gobierno en tales condiciones, disgustara a los revolucionarios a quienes tanto habían halagado y protegido los dos hermanos Vázquez Gómez. Así fué que únicamente salió del Ministerio, por el momento, el licenciado don Emilio Vázquez Gómez, que hasta esos instantes había sido el Presidente Negro, ya que al señor de la Barra se le distinguía con el mote del Presidente Blanco.



## CAPITULO XXI.

## EL NACIMIENTO DE "LA PORRA"

Sustituyó al señor Vázquez Gómez, en el Ministerio de Gobernación, el Gobernador del Distrito, don Alberto García Granados, personaje desafecto a don Porfirio Díaz, desde el año de 1892, en que había sido encarcelado como redactor del periódico "La República," y hombre bien reputado en la opinión pública, no obstante que sus enemigos habían propalado la especie de que su separación de la Presidencia del negocio minero "San Francisco" se debía a que se había encontrado un desfalcó de sesenta mil pesos, en la negociación.

El señor García Granados, de carácter atrabiliario y de inteligencia mediana; pero repito, estimado en la opinión pública, porque se le consideraba de rectos principios, tenía que reñir forzosamente con los revolucionarios que encabezaba don Gustavo Madero, que eran los elementos de acción, impulsivos como el nuevo Ministro y como él intransigentes.

La convocatoria para las elecciones de Presidente y Vicepresidente, se había lanzado y el Partido Constitucionalista se aprestaba a la lucha. Respecto al Presidente de la República no había discusión posible, por más que el General Reyes se hubiera decidido a lanzar su candidatura; toda la opinión estaba en favor del señor Madero; pero no sucedía lo mismo con la Vicepresidencia.

El General don Bernardo Reyes, como he referido ya, era enemigo del señor Limantour y de los amigos de éste; y como consecuencia de los trabajos de ellos, cuando la conducta del General Reyes se había hecho sospechosa, el General Díaz lo había enviado a Europa, donde los dos personajes se reconciliaron. Nada extraño fué, pues, como tengo relatado, que al asumir el Gobierno el señor Limantour, en Marzo de 1911, pretendiera contar con el General Reyes, como lo tenían pactado y le telegrafíara para que regresara inmediatamente al País. El señor Reyes, se embarcó para México, pero al llegar a la Habana, tuvo que detenerse, porque los revolucionarios ponían entre las condiciones para hacer la paz, el que no regresara al País. En la Habana, esperando órdenes estaba, cuando triunfó la revolución.

Al dejar el Gobierno el General Díaz, el licenciado don Rodolfo Reyes se acercó a los revolucionarios y les ofreció el concurso de su padre para la pacificación, haciéndoles creer que contaba con innumerables partidarios. Celebraron un pacto por el cual pudo don Bernardo Reyes regresar a México, con la oferta de que se le daría la Cartera de Guerra en el Gabinete del señor Madero al tomar éste posesión de la Presidencia de la República. El General Reyes, por su parte, se comprometía a poner al servicio de la revolución todos los elementos con que contaba en el País y sus propias energías.

¡Don Bernardo Reyes, en unos cuantos días, había recorrido con asombrosa rapidez, el camino que separaba a los incondicionales del General Díaz, de los triunfantes maderistas; y su espada, desenvainada en París para acabar con la revolución encabezada por el señor Madero, al llegar a México, iba a ser uno de los pivotes que

sostendrían al Gobierno presidido por el Jefe de la Revolución!

Ya en México el General Reyes, renacieron sus ambiciones y pretendió ser designado por los amigos del señor Madero, como candidato a la Vicepresidencia de la República en lugar del señor Vázquez Gómez; pero los revolucionarios no lo aceptaron, pues llegaron a formar un partido político que se denominó "Anti-reyista." Tuvo pues, que desistir de sus propósitos de alianza y poco a poco fué separándose del maderismo hasta tornarse en su principal enemigo.

Entre los revolucionarios había dos grupos esencialmente anti-reyistas. Los encabezaban, uno, don Fernando Iglesias Calderón, quienes se oponían a que el señor Madero hiciera alianza con el General Reyes, porque en tal alianza veían una amenaza para los principios que la revolución había proclamado. Este grupo, compuesto en su mayor parte de gente seria, como los señores Iglesias Calderón y Jesús Flores Magón, que no habían sido netamente revolucionarios, esto es, que no habían estado en el campo de la revolución, pero nunca habían simpatizado con el General Díaz, juzgando que su Gobierno no respondía a lo que ellos creían debía ser un gobierno constitucional, se limitaba a hacer ver en la prensa y en lo confidencial, al señor Madero, que el General Reyes representaba una tendencia a la dictadura, que no podía amalgamarse con los principios que formaban el programa de la revolución. Este grupo contó desde un principio con el concurso de los señores Vázquez Gómez, que veían en el General Reyes un competidor a la Vicepresidencia, la que, por su parte, el doctor don Francisco Vázquez Gómez, juzgaba que debía ser para él y nada más que para él.

El otro grupo era el de los fogosos, el del elemento joven, que tenía un agravio especial contra el General Reyes, por haber éste mandado disolver, a golpes, la reunión que celebraban en San Luis Potosí, bajo el título de Convención del Partido Liberal. Este grupo lo encabezaban los que habían formado la agrupación disuelta en 1902, los señores Camilo Arriaga, Juan Sarabia y Conrado Díaz Soto y Gama. Para impedir que el General Reyes se encumbrara de nuevo, cosa que ellos juzgaban peligrosísima para las libertades públicas, formaron un partido que se denominó anti-reyista.

El primer grupo procuró entenderse con don Francisco I. Madero y el Partido anti-reyista hizo alianza con el Partido Constitucional Progresista, que dirigía don Gustavo Madero. Como los anti-reyistas habían sido disueltos por medios violentos, por orden del General Reyes, encontraban perfectamente justificado emplear los mismos procedimientos para acabar ellos, a su vez, con el enemigo, así es que resolvieron impedir por la fuerza toda manifestación que los partidarios del General Reyes organizaran en honor de su candidato.

Aceptado por el Partido Constitucional Progresista el procedimiento de violencias que proponían los anti-reyistas, se formó, dentro del mismo partido, un grupo que fué denominado por la prensa con el gráfico nombre de "la porra" en recuerdo del que se formó en España y que llevó el mismo nombre durante la conmoción política del 68 al 70, y que dirigió en la Madre Patria, don Felipe Ducazeal.

La porra no fué, pues, una creación de don Gustavo Madero, ni del Partido Constitucional Progresista; cuando ellos nacieron a la política, la porra ya existía, ya había externado sus procedimientos. Había nacido bajo el

amparo del General don Bernardo Reyes, siendo Ministro de la Guerra, en Septiembre de 1902, en la ciudad de San Luis Potosí, y se había manifestado en toda su fuerza, bajo la dirección de los reyistas en Guanajuato y Guadalajara en 1909.

La "porra" maderista, como la primitiva mexicana, la del General Reyes, fué la encargada de las injurias por la prensa y de las manifestaciones callejeras, (1) y como era fácil preverlo, extendió su radio de acción, puesto que contaba con la impunidad, hasta hacerse odiosa, porque con el amparo, o cuando menos el disfraz de la policía, su acción era profundamente perturbadora del orden social. Empezó por oponerse al General Reyes, después lo agredió en las calles, y al fin llegó hasta a amenazar al mismo Presidente de la República.

(1)—Los señores G. León y Mariano Duque eran los que organizaban éstas.



## CAPITULO XXIII.

## ZAPATA.

Al comenzar a funcionar el Gobierno Interino, todos los revolucionarios se sometieron al nuevo orden de cosas; pero como el Ministro Vázquez Gómez había derrochado el dinero, las armas y el parque, muchos de los rebeldes encontraron que era más cómodo seguir en la revuelta, y rendirse de tiempo en tiempo, porque ello les permitiría vivir a sus anchas, sin grandes riesgos y reponerse cuando ya se sintieran fatigados.

En Morelos, la revuelta la encabezaba un antiguo soldado de la Federación, Emiliano Zapata, que sirvió en las filas del Ejército, según él decía, por una injusticia del Jefe Político de Yautepec, que lo había consignado al servicio de las armas sin razón y sin derecho. Cumplido el término de su servicio, regresó a su tierra; y de arriero unas veces, de mediero otras, con un pequeño comercio en cierto tiempo, y traficando con más o menos éxito, en otras ocasiones, había vivido hasta que, al propagarse la revolución, creyó que era el momento de vengar antiguos agravios y se lanzó a la bola, llevando por mira principal, castigar al Jefe Político que lo había atropellado.

Hombre audaz, conocedor del terreno, conocido en la región y con ciertos hábitos de disciplina militar, adquiridos durante su permanencia en las filas, pronto tuvo a su lado varios compañeros. Al triunfo de la revolu-

ción, sus huestes serían aproximadamente ochocientos hombres, que la imaginación popular hacía subir a varios miles. Al lado de él había ido a dar, durante la revuelta contra el General Díaz, un profesor de instrucción primaria, don Otilio Montaña, quien, con el carácter de secretario del jefe, lo siguió desde un principio, llegando a ser, con el tiempo, el alma de aquella rebelión.

Zapata no tenía ideales ni programa; su propósito era correr la aventura y ver si ella le daba oportunidad para satisfacer la venganza que acariciaba, mientras llegaba la época de hacer sus siembras y conseguía tierras en aparcería con alguna de las haciendas próximas a su casa.

Montaña sí tenía ideales, tenía programa y también acariciaba una venganza; pero una venganza más amplia, porque no era contra un individuo, sino contra toda la sociedad. Montaña había estudiado ocho años en la Escuela Normal; había estudiado con ahínco; había obtenido un título; y ya profesor, encontraba que todos sus afanes tenían como recompensa un modesto empleo de profesor en su pueblo, con un sueldo que no bastaba a cubrir sus necesidades; y en perspectiva, después de largos años y muchas privaciones, si sobresalía, conseguir otro empleo mejor, cuyo máximo de retribución era inferior al que ganaba cualquiera de los españoles que encontraba a su paso, y tenía una instrucción muy inferior a la suya; Montaña juzgó que allí había una injusticia y trató de remediarla; pero no podía enarbolar la injusticia personal de que se sentía víctima, como bandera para una revolución, porque nadie la hubiera seguido: tuvo que ampliarla. ¿Quiénes eran, como él, víctimas de la injusticia social? Los peones de las haciendas, cuyo

jornal apenas les alcanzaba para mal comer. (1) En ellos fijó su mirada, a ellos tomó como instrumento de su venganza contra la sociedad, que lo había hecho estudiar, perder toda su juventud en las aulas, para que al concluir su carrera no ser nadie; no tener, sino como el jornalero de las haciendas, apenas para mal comer. Hizo suya la causa de los jornaleros, y comenzó a predicar un socialismo brutal y a imponer con las fuerzas que había organizado Zapata, una guerra de exterminio.

El indio, hoy en día, no tiene más que dos afectos que lo lleven a cualquier extremo: la tierra y su mujer. Raza primitiva, debía tener otro afecto, su religión; pero el indio no totalmente civilizado, tiene en su fuero interno una lucha entre el recuerdo de la religión aborigen que está latente en su alma, y la católica, impuesta a la fuerza por los conquistadores, y que es el primitivo origen de su odio al español. Esto hace que el fanatismo del indio sea local; tan local, que jamás pelea por su religión; pero es capaz de hacerse pedazos y llegar a toda clase de sacrificios, por el santo de su iglesia. En el fondo, es su ídolo; le han cambiado el nombre y la figura; lo han vestido; pero para él, es el *teotl* que adoraban sus antepasados; y nada extraño es, en los pueblos lejanos, sobre todo, que el cura encuentre escondido entre los pliegues del manto de la Virgen, detrás de la moldura del tabernáculo, o bajo la peana de la custodia, un muñeco de barro, llevado allí con gran cautela por manos invisibles; es a ese ídolo a quien realmente adoran los fanáticos del

(1)—En esta región hay un gran desequilibrio en los jornales. Las haciendas azucareras pagan jornales relativamente altos, mientras en las otras los peones reciben sueldos ridículos. En cambio en las primeras, la vida es muy cara por el alto precio de los efectos.

pueblo, cuando concurren a la iglesia a rezar la novena de la Concepción o las vísperas de San José.

La persecución y muerte del General don Félix Díaz, padre del actual General del mismo nombre, por los indios de Juchitán, el año de 1871, fué originada precisamente porque entre las atrocidades y crueldades, a que era muy afecto y cometió el entonces Gobernador del Estado de Oaxaca, estuvo la de mandar azotar públicamente, junto con varios vecinos de importancia del lugar, y después quemar al santo patrón de aquel pueblo.

Cuando el General Félix Díaz se rebeló contra el Gobierno del señor Juárez, el Ministro de la Guerra, don Ignacio Mejía, condecorador del agravio que el Gobernador rebelde había inferido a los indios de Juchitán, autorizó la formación de una guerrilla de indígenas de aquella región, que saliera a perseguir al Gobernador que había tenido que huir de la ciudad de Oaxaca, ante el despliegue de las fuerzas hecho por el Gobierno Federal. La guerrilla, al mando de los señores Apolonio Jiménez y Benigno Cartas, vecinos de los más influyentes de Juchitán, alcanzó a don Félix Díaz en Chacalapa, punto cercano a la ciudad de Pochutla, y después de martirizarlo horriblemente, lo mató, descuartizando el cadáver. Crimen horrible, sin duda alguna, y sólo comparable a los que el mismo don Félix Díaz había cometido durante sus campañas. El Mariscal Forey, confundiendo a don Porfirio Díaz con su hermano don Félix, pronunció un discurso en el Senado francés, en el que relata tales atrocidades, que conmueven. El Mariscal Forey seguramente cometió un error al imputar tales atrocidades a don Porfirio Díaz que en lo general, durante sus campañas, fué un jefe comedido y jamás cometió las atrocidades relatadas por Forey; pero quizá no pudiera decirse lo mismo si el



Jefe del Ejército que envió Napoleón a México se hubiera referido al hermano de don Porfirio.

Decir a un indio en cualquiera parte del País, que tiene un derecho sobre la propiedad del hacendado vecino, o que hay que pelear contra el pueblo que colinda con el suyo, para quitarles la tierra que poseen y repartírselas, es semilla que fructifica instantáneamente. No hay cacique ni tinterillo de pueblo, que no sepa esto de memoria y que no funde su autoridad o su prestigio, en un pleito sobre tierras con la hacienda o el pueblo vecino.

Y no es que el indio tenga necesidad de esa tierra para su sustento. El indio vive con cualquiera cosa; pocas razas son tan frugales y resisten tanto las privaciones como nuestra raza indígena. Su amor a la tierra, no es tampoco porque él tenga noción exacta de la propiedad particular; sobre esto, sus ideas son todavía muy confusas; pero sí tiene, en el fondo de su alma, la convicción profunda de que se le ha arrebatado esa propiedad. No sabe cómo ni cuando, ni tiene sobre ello más idea concreta que la de reivindicarla. ¿De quién? Del que la posee, que para él, cualquiera que sea su nacionalidad, es el español. (1) El indio tiene, en las sierras, tierra dispo-

(1)—Esta odiosidad contra el español, inexplicable en muchos casos concretos, se ve palpable, sobre todo, en el indio que llega a tener cualquier mando. Su primer acto de autoridad es contra el español. Alguno de los jefes que hicieron la campaña contra los franceses, me refería que en la guerra de intervención, el grito de los soldados mexicanos era "mueran los gachupines" y entre los enemigos en aquella época había de distintas nacionalidades, pero ningún español; por lo contrario, los españoles peleaban del lado republicano, como Régules, Tuñón Cañedo y otros. Pero en la guerra de Reforma sí habían peleado del lado de la reacción varios españoles, entre ellos los hermanos Cobos, que se hicieron inolvidables por su crueldad.

nible, que no ha adquirido de nadie, que nadie se la disputará; que la adquiere a título de primer ocupante; y cuando su melancolía ingénita le hace huir del hombre civilizado, corre a la sierra y en un pedazo, en lo más abrupto de la montaña, establece su aduar, que cambia conforme las necesidades de la vida se lo exigen.

Esta idiosincracia es perfectamente conocida de todos los explotadores de la raza indígena, y a ella acudió el profesor Montañón para hacer levantar a la gente del Estado de Morelos. Este fué el primer germen que sembró, encontrando terreno propicio para su obra; más tarde, otros factores han contribuido poderosamente para renovar una lucha que tuvo su origen hace muchos años, cuando el Estado no existía y que fué precisamente la que motivó su formación.

